



Etiénne Tassin y las paradojas de educar al ciudadano

Por: Jorge A. Palacio. IDEP

Tassin, Étienne (2011). Educar al ciudadano: ¿qué éxito se puede esperar de un oficio imposible? En Yolanda Sierra y Jorge Palacio (Comp.). Memorias del Seminario Internacional "Ciudadanía y convivencia: un espacio de reflexión desde la educación y la pedagogía". Bogotá, en imprenta.

"Todas las citas presentadas en este texto corresponden al texto fuente."

Fotografía:
Diana María Prada Romero. IDEP

Etiénne Tassin señala como punto partida de su ponencia tres paradojas presentes en la escuela de hoy, teniendo en cuenta una premisa y dos acuerdos. La premisa es que hablar de convivencia escolar implica tres nociones: educación, ciudadanía y democracia. Los acuerdos son: que al hablar de convivencia escolar se privilegia la civilidad sobre las conductas egoístas y los comportamientos violentos, y que en el seno de la escuela se busca incitar al alumno a experimentar y ejercer esa especie de vida responsable que se espera de él bajo el nombre de ciudadanía. La dificultad de educar para la ciudadanía en la escuela supone al menos tres paradojas: la educación en la escuela parece condenada al fracaso aunque su propósito es indispensable; la autoridad en la escuela no está fundamentada, a pesar de que ésta es una condición de la transmisión del conocimiento; y la libertad está permanente-mente minada por la disciplina, pero no se puede concebir la ciudadanía sin libertad. Esto constituye lo que Tassin llama la educación infructuosa, la autoridad infundada y la libertad negada, en un contexto que busca, en su propósito educativo: "elevantar al niño a la libertad en el respeto a la autoridad".

Una tarea imposible

Para avanzar en la primera paradoja, Tassin recurre a dos fórmulas claves que resumen la dificultad de "ese aprendizaje escolar de vivir juntos (convivencia)": por una parte, la afirmación kantiana de que "El hombre es un animal que, cuando vive entre otros de su especie, necesita un señor", y por otra, la de Freud, de que "educar, curar y gobernar son tres oficios imposibles".

Estas dos proposiciones remiten a la imposibilidad que enfrenta la educación para alcanzar sus fines. Necesitamos un señor debido a la pluralidad de las existencias, a la necesidad de quebrantar la voluntad propia para obedecer a una voluntad válida universalmente, en la que cada uno puede ser libre. En este sentido, el maestro transforma la particularidad de la voluntad en la universalidad de la ley, pero en la

medida en que no existe un jefe justo que sin la autoridad de la ley no abuse de la libertad, la conclusión de Kant, dice Tassin, es que educar es una tarea cuya realización perfecta es imposible. Según Kant: "en una madera tan torcida como aquella de la que está hecho el hombre, no se puede tallar nada completamente recto". Para Tassin, Freud es del mismo parecer y va más allá:

Quien aprende a vivir con sus neurosis está ya curado, pese al analista; quien ha sabido crecer contra la educación recibida y gracias a las resistencias que le ha opuesto, habrá sido bien educado, pese al educador. Quien se conduce como ciudadano, pese a la corrupción de los gobiernos y el desmoronamiento de la sociedad, sabe ya, de alguna manera, gobernarse, incluso si no sabe cómo gobernar a los otros.

Esto significa que es necesario trabajar en la imposibilidad, en la certeza de buscar un éxito insuficiente: "Educar es tallar imperfectamente un leño nudoso y curvo que, en realidad, no se puede ni enderezar ni erguir". Tassin concluye que la educación convoca las dificultades tanto de gobernar, como de curar y, con respecto a esta última: "el mal no es solamente la ignorancia o los prejuicios de los que se nutre la infancia, sino también, y sobre todo, el rechazo de las reglas de la vida colectiva en las que se sostiene cada existencia".

Un respeto sin fundamento

El rechazo a las normas introduce la segunda paradoja, la de la autoridad, y su fundamento está en la diferencia entre la regla y la ley. Según Tassin ningún niño ignora las reglas cuando éstas se establecen en el camino de su deseo. En el sentido contrario ni se perciben, ni se admiten, ni se reconocen; pero la ley que rige las relaciones humanas es aquella que restringe el deseo para prevenir, siguiendo a Kant, "los abusos de la libertad".

La escuela, ese espacio intermediario entre la familia y la comunidad, no puede fundar la autoridad ni en el amor parental ni en el consentimiento deliberado que les corresponde a las otras dos esferas; pues no se

sitúa en el espacio privado de la vida familiar ni en el espacio público de la vida social y política. En estos dos espacios la autoridad está fundada, así como su aplicación y la sanción de las infracciones. Pero, ¿de dónde se deriva la autoridad en la escuela?

En este punto Tassin recurre a Hannah Arendt, ya que es quien mejor ha percibido la paradoja de la autoridad escolar:

La respuesta arendtiana es la siguiente: el verdadero fundamento de la autoridad es que el maestro es el representante del mundo, que es, a los ojos de las nuevas generaciones de alumnos, el responsable de ese mundo al cual van a acceder, que los ha precedido en la historia y que ellos tendrán por misión llevar hacia un porvenir. Esta posición del maestro es indiscutible. Ella "obliga" al respeto. Ejerce indiscutiblemente autoridad aquel que, en su conducta, porta y aporta con él la carga del pasado, la expone al presente, la ofrece a un porvenir. La transmisión requiere autoridad. La autoridad se apoya en esta responsabilidad que le es propia: transmitir.

Sin embargo, la escuela de hoy no es más el lugar donde se manifiesta dicha autoridad, no sólo porque sus actores no son sensibles a dicha responsabilidad, sino porque la sociedad moderna no le permite ser el lugar donde dicha responsabilidad se trasmite de generación en generación: "La escuela ha dejado de ser el espacio intermediario entre la familia y la sociedad para convertirse, al mismo tiempo y de manera contra-productiva, en una extensión de la familia y en una antecámara de la sociedad".

La escuela hoy es un medio revuelto, del que se espera producir seres acondicionados para la productividad y la rentabilidad económica; una industria de sometimiento a las reglas de las agencias financieras y de la producción del homo oeconomicus: "o el libre aprendizaje de una libertad de pensar y de actuar en el contacto enigmático de la autoridad de un maestro responsable y respetable; o el formateo industrial de seres conformes y funcionales en el seno de una economía generalizada de las necesidades sociales".

(A)prender (tomar) su libertad

El civismo, dice Tassin, no es la adaptación funcional a los órganos de la sociedad civil, sino la subordinación de la búsqueda de los intereses individuales a la construcción de la comunidad política, por ello se pregunta: "¿cómo el sometimiento que produce la escuela podría ser el lugar y el modo de un aprendizaje de la libertad, de una ascensión a la autonomía, en una palabra, de una subjetivación libre?"

La escuela ha dejado de ser el lugar intermediario entre la familia y la sociedad, y sin embargo, la autoridad que allí se ejerce se deriva de esos dos mundos. Además, como lugar de paso, se ha venido entendiendo en términos funcionales como una institución de adaptación social y económica. Su

función de hacer crecer la libertad política, como dice Tassin, "una libertad reacia a toda presión social, pero, no obstante, una libertad atenta a toda obligación civil", responde a una "misión tan imposible como indispensable: la de favorecer la emancipación de los seres humanos".

Surgen entonces algunas preguntas: "¿cómo, en las condiciones escolares, llevar al alumno a producir por sí mismo la operación de liberación de la autoridad familiar y la operación de producción de un nuevo régimen de vida común, sin determinarlo de modo normativo, a someterse a las normas ya constituidas de una vida social por venir para la cual él debe prepararse?", y en el mismo sentido: "¿cómo podría la escuela, al tiempo que evita producir seres sometidos, evitar fabricar seres que se auto-someten a las reglas que condicionan su libertad?"

La respuesta parte, de la renuncia a concebir la educación como una reproducción, a concebir la comunidad humana como un conjunto ordenado y a concebir la libertad como la soberanía sobre sí mismo. Esto es, al modelo pedagógico, al modelo político y al modelo conquistador que subyace a estas pretensiones. "La liberación le habrá enseñado a ser libre, de tal manera que no solamente habrá desaprendido a servir sino también a mandar, a mandarse y a mandar a los otros. Habrá desaprendido la soberanía al mismo tiempo que la servidumbre".

Estas renunciaciones implican, en cuanto al alumno, el reconocimiento de su capacidad para llegar a ser algo distinto de lo que es, cambio que solamente él puede activar, y en cuanto al profesor, su lugar como un polo de responsabilidad que se deriva de su condición de alteridad asimétrica no autoritaria, no normativa, a la que se refiere Lévinas y que Arendt ha llamado autoridad "para hacer crecer una libertad humilde y servicial, paradójica".

“La escuela ha dejado de ser el espacio intermediario entre la familia y la sociedad para convertirse, al mismo tiempo y de manera contra-productiva, en una extensión de la familia y en una antecámara de la sociedad”.